

que humillados la incommensurable distancia que nos separaba.

» He sentido renacer en mí un ser nuevo; y según y conforme me ibais haciendo mejor, mas seguramente me ibais perdiendo.

» Así pues, hoy es el día en que os amo como lo merecéis, y el día en que por lo mismo os dejo.

» Sí, Loredano, hoy puedo deciroslo; hoy que ya no volveréis á verme y que no temo ya ninguna debilidad por vuestra parte ni por la mía; sí, hoy puedo deciros que os amo.

» Os amo por el dolor de que me habeis hecho capaz de experimentar, dolor noble que me rehabilita á mis propios ojos.

» Os amo, porque, consumado el sacrificio de nuestra separación, me siento mejor y casi digna de vos.

» Y ahora escuchadme, amigo mío. Ya no volveréis á oír hablar mas de mí. Consideradme como una muerta querida; sí, ¡bien querida! que desde el fondo de su tumba piensa en vos y os ama.

» Considerad esta carta, que os envío con toda la confianza de mi corazón, como un testamento sagrado, y juradme que cumplireis todas sus cláusulas.

» Vuestra generosidad me ha hecho rica, pero esas riquezas me abrasan las manos.

» Por otra parte, los muertos no tienen necesidad de diamantes, ¿no es verdad? Pues bien, esas joyas y demas dádivas vuestras, reducidas á valores positivos con esta intención, os las devuelvo, rogándoos de rodillas que las aceptéis.

» Además, instituyéndoos por mí heredero y devolviéndoos todo lo que tengo, debido únicamente á vuestra generosidad, vengo á pedir al mismo tiempo el mayor favor que un hombre pueda hacerme, favor que me será doblemente apreciado viniendo de vos.

» Tengo una hermana, una pobre niña que ocupa la mitad de mi corazón que no es vuestra. Yo no quiero ni debo dejarle una riqueza impura al caer de mis manos, y que se purificará pasando por las vuestras.

» ¡Loredano, os lego á mi hermana!

» Hacedla casta y buena, y amadla como ella os amará, según estoy segura de ello, porque será á vos á quien ella deberá todo, puesto que yo deseo que ignore hasta mi existencia.

» Es una niña todavía: el vicio no ha empañado ni aun de lejos su alma pura; es mi virtud, mi candor.

» Hasta este día, su infancia ha estado confiada á una buena mujer llamada madama Gosse, que habita en la calle de Rambuteau, n.º

» Mi hermana se llama Liliás.

» ¡Oh! la amareis, ¿no es verdad, Loredano? la amareis en memoria de aquella que hasta la muerte bendecirá vuestro nombre.

» Os he robado todo, amigo mío, excepto vuestro honor, que no estaba en mi poder el atacar; pero hoy tengo la

convicción de devolveros vuestra dicha enviándoos este ángel á vuestro hogar.

» Ya llegará un día en que sepais...; pero no, mejor es que lo ignoreis siempre... ¡Oh! si supieseis, amigo mío, cuán dichosa soy en este momento y qué fé nueva me penetra el corazón! ¡si supieseis cuán resignada estoy y cuán fuerte me siento!... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué dulce es el cumplir con su deber!

» CELINA. »

La carta concluía aquí, y el conde la leyó por entero tres veces de seguida.

Él también se sentía fuerte y resignado con la expresión de aquel amor honrado y sincero. Ninguna preocupación egoísta se mezclaba en esta alegría.

Ya no volvería á ver á Celina, eso lo tenía por seguro, pero no importa; ¿qué necesidad tenía de volver á verla, ahora que tenía la certeza de no haberse engañado respecto al concepto que había formado de ella y que le daba una prueba tan evidente de que era digna de él?

¡Oh! sí, ciertamente que cumpliría con el último deseo de Celina; sí, Liliás hallaría cerca de él un abrigo y una familia.

Pobre niña querida. Ya le parecía que la estaba estrechando contra su corazón y que ella le decía: — ¡Papá mío!

Y transfigurado, radiante, rejuvenecido de diez años, se paseaba á grandes pasos por aquel mismo cuarto en donde se hallaba pocos momentos antes silencioso y triste.

Después volvía á tomar aquella bienaventurada carta, volvía á leer una página, un período, una frase, una palabra, y la besaba, y la dejaba para volver á tomarla en seguida.

Durante este frenesí, entró el coronel Fritz, y Loredano le estrechó la mano con la mayor violencia y efusión.

Ya no tenía odio: se sentía feliz.

Luego, sin responder á las preguntas de su amigo, pasado de un cambio semejante, tan repentino, llamó con una fuerza capaz de hacer pedazos los timbres y campanillas.

— El coche... pronto... en seguida.

En el vestíbulo encontró á Cipriana, á quien habían advertido de aquella transformación tan repentina, y la estrechó entre sus brazos con una ternura de que le creía incapaz.

Y desflorando la mejilla de la joven con sus labios, le dijo despacito:

— ¿No estarás celosa, Cipriana mía, si te doy una hermana?

— ¡Una hermana!... preguntó Cipriana admirada.

— Sí, le respondió el conde misteriosamente; pero no se lo digas á nadie todavía. Se llama Liliás, bonito nombre, ¿no es verdad?

El criado anunció que el coche estaba dispuesto, y el conde se escurrió de entre los brazos de Cipriana, que trataba de detenerle.

— No me detengas, la dijo, que la voy á buscar.

Y mientras bajaba la escalera, iba repitiendo por lo bajo y como si entonase una canción aquel nombre perfumado como el nombre de una flor, y diciendo:

— ¡Liliás! ¡Liliás!

En cuanto á Cipriana, instruida por las confidencias de su madre, el anuncio de la venida de Liliás y la alegría de su padre le parecían un milagro.

Un milagro del que solo podía dar gracias á sus protectores, cuyo prodigioso poder sabía allanar todos los obstáculos.

Y estos protectores eran sus amigos desconocidos.

II

LOS MISTERIOS DE LA CASA GOSSE.

Las comadres no dormían ya.

En la casa de la calle de Rambuteau habían pasado cosas extrañas, inauditas, nunca vistas.

En primer lugar, la desaparición simultánea de Ursula y de la Pippione; desapariciones que no habían sorprendido, al parecer, á los principales interesados en ellas, como eran los esposos Gosse y el signor Chinela.

En segundo lugar, la transformación singular que se había advertido en los mismos esposos Gosse.

De la noche á la mañana, el «lobito querido» se había vuelto un «monstruo horrible.» Si la «Bebella adorada» continuaba siendo todavía la «adorada Bebella», se notaba, sin embargo, en el tono con que M. Gosse pronunciaba estas dos palabras sacramentales, cierto acento de acritud y amargura.

El buen hombre se mostraba de una sumisión ciega, pero se echaba de ver que en el fondo de esta aparente sumisión, había así como una rebeldía secreta.

Se hubiera dicho que se asemejaba á esos animales domesticados, á un gatito que mimado siempre por su ama trata de hacerse perdonar alguna picardiguera, por medio de sus zalamerías y monadas, pero que no olvida la severidad con que le han tratado.

Así, en otro tiempo, el buen Gosse iba, venía, entraba, salía, subía, bajaba con la regularidad y exactitud automática del reloj de San Eustaquio; y hacia ya algunos días que esta regularidad no existía.

Algunas veces el «lobo querido» volvía á su jaula dos horas mas tarde de lo acostumbrado, y en un estado alarmante respecto á su equilibrio personal.

Otras veces estaba cerrada, durante todo el día, su cobachita de memorialista.

No podía menos ya de conocerse y confesar que el buen Gosse se desarreglaba. La luna de miel de la «Bebella adorada» se había cubierto de nubes en el espacio de ocho días, después de haber estado brillando con luz pura y tranquila durante ocho largos años en el cielo del lecho conyugal.

Además, y esto era un hecho todavía mas extraordinario, se había sorprendido varias veces á M. Gosse en lugares sospechosos, en la esquina de una calle oscura, en el rincón mas oculto de un café, en algún coche simon rodando á mas y mejor, ó en conciliábulo íntimo con algún personaje misterioso.

Y este personaje no era otro sino aquel mismo que las caritativas vecinas, en su benevolencia, habían atribuido como protector ilegítimo de la «adorada Bebella.»

El hombre del paletó color castaño.

Pero es preciso advertir, además, que desde que se había establecido esta relación imprevista entre el hombre del paletó castaño y M. Gosse, aquel no había vuelto á dejarse ver en la casa de la calle de Rambuteau, es decir, que el engañador no se había presentado mas en casa del engañado.

Se había concluido, pues, y roto toda relación íntima entre él y la «Bebella adorada.»

Pero á pesar de eso, á madama Gosse no le faltaban visitas, al contrario.

En primer lugar, era José Rozel, el obrero buen mozo que habitaba en el quinto piso, al cual se había visto entrar á hurtadillas muchas veces en casa de madama Gosse, cuando no estaba su marido: lo que daba lugar á nuevas murmuraciones.

¡Diantre! ¡José era tan gallardo mozo y no era rico, al paso que Bebella tenía el *cum quibus!*

No faltaban algunas que tenían envidia de José por haber hecho tal conocimiento.

Las mujeres, al envidiar la buena fortuna de madama Gosse y haciendo alusión á su marido:

— ¡Tanto peor para él; bien empleado le está! exclamaban.

Pero es el caso que José no era el solo que viniese á visitar á la mujer del memorialista, en ausencia del «horrible monstruo.»

Así, por dos veces se había visto entrar á dos mujeres vestidas de luto y muy cuidadosamente cubiertas con sus velos.

Solamente que los velos mas tupidos y oscuros para un ojo masculino, son muy claros para la vista de una mujer, y las vecinas habían visto lo que aquellos velos ocultaban.

La una de las mujeres, bella todavía, podría tener sobre unos cuarenta años.

La otra era extraordinariamente hermosa, y estaba en la deslumbradora frescura de la juventud.

Las dos habían venido, primero separadas, y después juntas, y aquel día el gallardo José había bajado de su boharcilla al cuarto de madama Gosse.



Se había sorprendido varias veces á M. Gosse en lugares sospechosos.

Sin duda debían esperarle, porque apenas llamó á la puerta entreabierta y entró en el cuarto, que volvió á cerrarse la puerta, y permaneció inexorablemente cerrada para todo el mundo.

Nuevo incidente que dió materia al curso de las fecundas imaginaciones de las comadres de la casa.

— Nada mas claro, ¡pardiez! decían; el bello José era el amante de una de aquellas grandes señoras: esto nada tenia de extraño, porque el mancebo tenia prendas para ello, y la buena madama Gosse se prestaba á favorecer aquellos misteriosos amores.

— Ya se ve... — Estas buenas parteras son capaces de todo...

A pesar de esta luminosa y clara explicacion, cuya idea les habia sido sugerida por los numerosos dramas que se representan todas las noches en el teatro del Ambigu, en los cuales se ven intrigas de esta especie á cada paso, las

vecinas estaban rabiosas, porque esta idea no pasaba de ser una suposicion, lo que no las satisfacía, pues lo que ellas deseaban tener era, no una suposicion, sino una certidumbre.

Así es que, desde por la mañana hasta por la noche, el corredor, los pasillos y la meseta de la escalera que conducian al cuarto de madama Gosse, estaba poblado de cabezas curiosas que no hacían mas que inclinarse á un lado y á otro, escuchar y mirar en todas direcciones, y si aquella hubiese deseado tener una casa de cristal, como el filósofo griego, se hubiese encontrado con que un deseo igual animaba á todas sus vecinas.

Estas dos mujeres que tanto estimulaban la curiosidad de aquellas, no eran otras sino madama de Puysaie, y la que antes habia sido Nini Moustache para volver á ser ahora Celine.

La dulce influencia de la señora de Monte-Cristo habia

obrado poderosa y eficazmente sobre estas dos almas que, turbadas de tan diferente manera y partiendo ambas de puntos tan opuestos de la escala social, habian llegado á encontrarse en un mismo peldaño — el arrepentimiento.

Estas dos Magdalenas se habian comprendido desde la primera mirada que se dirigieron; y abriéndose mutuamente los brazos, habian exclamado: — ¡Hermana mia! —

Es verdad que madama de Puysaie no habia descendido nunca hasta el abismo de ignominia en que Nini Moustache habia caído: ella no habia cometido mas que una sola falta en toda su vida; pero la primera falta que se comete ¿no es casi siempre la mas grave?

Y por otra parte, cuanto mas profunda es la sima en que se cae, mas meritorio es el esfuerzo de voluntad que se hace para saltar y salir de ella.

Después, Nini Moustache ¿no tenia todas las excusas que faltaban á Hortensia? la miseria, la educacion descuidada que dan por fuerza á sus hijos las pobres gentes que tienen que estar sujetas todo el dia á un trabajo manual; la ignorancia y ¡ah! otras mil causas que se encuentran ser siempre el origen de todas las plagas sociales.

El no caer, hallándose en semejantes condiciones, es casi un hecho heroico; porque si la caída es una desgracia, la resistencia seria no solo el cumplimiento de un deber, sino una virtud.

Así fué que, desde que Hortensia supo la historia de Celine, y que la vió delante de sí avergonzada y humillada, la habia besado en la frente, diciéndole:

— Vos sois mejor que yo.

Ya no hubo celos entre estas dos mujeres que habian amado y que continuaban quizás amando al mismo hombre.

Desde la iniciacion de la señora de Monte-Cristo, se sentían hallarse en una region etérea en la que las groseras pasiones humanas no podían encontrar apoyo para sus alas; y la primera prueba que les habia sido impuesta por esta redentora á quien inflamaba el espíritu de la caridad y del proselitismo, habia sido esta:

— Todas las razones sociales hacen de vosotras dos enemigas: pues bien; os amareis y os sacrificaréis la una por la otra.

¿Cómo habian llegado á conocerse?

Necesario será pues que demos aquí algunas explicaciones sobre la grande institucion de la señora de Monte-Cristo, institucion á que hemos aludido ya muchas veces en el curso de esta historia:

La institucion de las *Hermanas del Refugio*.

Porque es menester que el lector lo sepa bien; nosotros no hemos elegido, de entre las conversiones de la condesa de Monte-Cristo, sino las mas salientes y notables, aquellas que nos han parecido ser la encarnacion mas viva de las miserias madres, origen ó matriz de donde salen todas las otras miserias femeninas.

Así el libro divino no se ocupa tampoco mas que de los Apóstoles, y sin embargo Jesús, el Hombre-Dios, ha abierto los ojos á muchos millones de extraviados ó malditos.

Nosotros no referimos en estas páginas mas que la histo-

ria de las hijas de predileccion de esta salvadora de almas, que se hacia conocer de ellas bajo la triple forma de la señora de Monte-Cristo, de Aurelia y de la señora viuda Lamouroux; pero ¿cuántas otras no habian recurrido á ella y habian sido consoladas?

Las unas, como Nini Moustache, revolcándose en el fango mas asqueroso del vicio.

Las otras, como Hortensia de Puysaie, culpables solo de una falta casi involuntaria.

Y otras, como madama Jacquemin, víctimas de una fatalidad exterior que ningun desfallecimiento de su parte parecia justificar.

¿A cuántas Ciprianas condenadas á la prostitucion legal de un casamiento desigual, no habia conseguido devolverlas á un amor honrado, franco y nada especulativo?

¿A cuántas Ursulas no habia preservado de la tentacion corruptora ó de los malos consejos de la miseria?

¿A cuántas Pippiones no habia arrancado de las garras de ese monstruo de tres cabezas, como el Cerbero antiguo: el hambre, el frio y el vicio precoz?

A aquellas que, después de haberlas salvado, podían ser todavia dichosas en el mundo, les decia:

— Permaneced, hijas mías, en medio de la sociedad en que vuestro nacimiento os ha colocado: tened un esposo, hijos é intereses humanos: trabajad por vuestra dicha y la de los que os pertenecen, en eso hallareis una recompensa; y cuando á vuestro alrededor veais á algunas que padecen los mismos dolores que vos habeis padecido, sed compasiva con ellas y enviádmelas.

Pero á las otras, á las almas atormentadas por la lucha, á los corazones destrozados por sus propios esfuerzos, les decia:

— Venid conmigo, ya que habeis muerto, como yo, á todas las alegrías de este mundo; yo os haré conocer un gozo celestial, el único que me ha dado la fuerza para vivir: ¡la abnegacion, el sacrificio!

No la abnegacion casi egoista que os inspiran aquellos que amais, sino el sacrificio por la desconocida, por aquella que la casualidad os hace encontrar; por aquella misma que os ha hecho algun mal.

Venid, la puerta del *Refugio* os está abierta: allí llorareis, y allí se os consolará; y, luego, cuando os hayais fortificado con vuestros propios dolores, las puertas se abrirán de nuevo ante vosotras, misioneras de caridad, y os echareis á volar como palomas, llevando la rama de olivo á las otras angustiadas, como lo fuisteis vosotras mismas.

Madama de Puysaie y Nini Moustache pertenecían al rebaño privilegiado de la señora de Monte-Cristo, y como apóstoles, les habia impuesto, en su nueva mision, la de consolarse la una con la otra, precisamente cuando por los acontecimientos parecían destinadas á ser irreconciliables enemigas.